

MADRID LITERARIO.

PERIÓDICO SEMANAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID, un mes.....	Un real.
PROVINCIAS, trimestre adelantado.....	5
EXTRANJERO Y ULTRAMAR, semestre.....	40

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

REDACCION Y ADMINISTRACION,
Calle de Lavapiés, número 11.

SUSCRICION Y VENTA.

Un número, DOS CUARTOS.—Números atrasados, UN REAL.
Se suscribe en la Administracion.
Anuncios, a precios convencionales.

COLABORADORES.

Aguilera.....	D. Alberto	Castelar.....	D. Emilio	Gutierrez Abascal...	D. José	Navarro y Calvo...	D. Luis	Retes.....	D. Francisco Luis de
Avila y Alarcón....	José	Curros.....	Mannuel	Hartzenbusch.....	Juan Eugenio	Núñez de Arce.....	Gaspar	Ramos Carrión....	Miguel
Aguirre.....	Joaquín	Canalejas.....	Francisco de Paula	Malats.....	Adolfo	Pascual.....	Agustín	Sanchez Perez....	Antonio
Alarcón.....	Pedro A. de	Campo-Arana.....	José	Mellado.....	Andrés	Perez Echevarría...	Francisco	Sanchez Ramon...	Antonio
B. Quintian.....	Eduardo	Carrillo de Albornoz.	Leopoldo	Martínez de Velasco.	Eusebio	Pacheco.....	Francisco de Asis	Soriano de Castro..	José
Balart.....	Federico	Campoamor.....	Ramon	Morayta.....	Miguel	Peña y Goñi.....	Antonio	Sepúlveda.....	Ricardo
Balaguer.....	Victor	Escosura.....	Patricio de la	Morán.....	Valentín	R. de Chaves.....	Angel	Tejada.....	Ezequiel
Coello.....	Carlos	Figueras de la Costa..	Santiago	Neira.....	Angel	Ruigomez.....	Andrés	Villaverde.....	Enrique
Cortés.....	Baron de	García Ladevese....	Ernesto	Navarrete.....	Ramon	Ramsault.....	El Conde Carlos de	Valera.....	Juan

SUMARIO.

La batalla de Almansa (conclusion), por D. Carlos Cambronero.—La estrella de mi potrero, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—Carta de Hamburgo, por Lacy.—El bien perdido (soneto), por D. Jesús Cencillo.—Noticias bibliográficas, por J. Kasabal.—Ernesto Renan y sus diálogos filosóficos, por J. Miralles y González.—Teatro, por D. Junipero.—Párrafos sueltos, por Mala-pesto.—Charada.—Advertencias.—Anuncios.

LA BATALLA DE ALMANSA.

(Conclusion.)

Los palaciegos para subir necesitan apoyarse en el que cae, y el duque cayó al suelo.

El monarca se ofuscó con este razonamiento. Berwich no se mueve y los austriacos avanzan.

Berwich tenía seguridad de ser vencido con la gente que llevaba a sus órdenes. El era muy capaz de dejarse matar en las trincheras; pero comprendía que en una batalla cada clase tiene su puesto marcado, y que sus armas no eran el fusil ni el sable, sino el corazón, el talento y la ciencia.

La convicción de que el duque hacía traición, entró en palacio como el agua en una casa sin techo, y acto seguido se pensó en sustituirle.

El de Orleans, que venía de Italia, vencido y derrotado, fué elegido por todos, é inmediatamente se dispuso su partida.

El día de Jueves Santo, en las primeras horas de su mañana, abandonó el de Orleans la corte sin tener en cuenta la solemnidad del día; tal era el deseo que tenían de arrancar a Berwich el mando de las fuerzas de la Mancha.

Hecho el nombramiento, les pesó a algunos. Habían hablado mal de Berwich por hacer algo, y les agobiaba el peso de la responsabilidad que en cosa tal les cabía; pero ya era tarde.

Estaba éste una noche en su habitación, triste y preocupado, cuando el ordenanza le entró recado de que un correo que de Madrid venía, deseaba entregarle en propia mano una carta, y el duque, sin levantar la vista, sin variar de postura, concedió su permiso.

Entró el correo, que se presentaba totalmente cubierto de barro y polvo, y con voz trémula por la fatiga, entregó la carta, advirtiéndole que era de sumo interés y que la leyese de corrido.

Leyóla así, y luego que hubo terminado su lectura, puso en manos del correo unas cuantas monedas de oro que el pobre hombre se negaba a tomar. Mas el duque le dijo obligándole a recibirlas:

—Tan grande es el favor que me habeis hecho, que no tengo dinero suficiente para recompenaros como es debido. Y estrechó cariñosamente la mano del correo entre las suyas.

La carta era de sus amigos de Madrid, y en ella se le avisaba que al día siguiente llegaría al campamento el duque de Orleans para encargarse del mando del ejército.

La noticia corrió entre los soldados como chispa eléctrica, y no es decible la confusión y el desorden que entre ellos logró esparcir, aclamando unos como grata noticia la llegada del de Orleans, sintiendo otros la destitución de Berwich, que tan injuriosa parecía.

La venida del duque francés y el desconcierto producido, supuso en el campo de los austriacos

que, aprovechándose de ello, determinaron atacar, pensando, no mal, que era el momento más oportuno y la situación más precisa para obtener una victoria.

Hallábase el de Berwich acampado en las llanuras de Almansa, cuando las avanzadas que hacían el servicio durante la noche dieron el parte diciendo que se observaba en el enemigo cierto movimiento.

No obstante la oscuridad se llegó a notar que el ejército del archiduque velaba; que algunos batallones habían avanzado con gran sigilo hasta ponerse a tiro de nuestras centinelas, y que las armas de caballería y artillería tomaban posiciones. Era indudable que se preparaban a una batalla, aprovechando la con ven salida de la aurora para cargar de improviso y taja segura sobre las tropas españolas.

El de Berwich pensó defenderse y recibir a pie firme el ataque. Durante aquella noche, horrible para él, se le vió constantemente correr a caballo de un lado para otro, dictando órdenes, colocando las tropas batallón por batallón, examinando por sí propio soldados, armas, cañones y caballos.

En apariencia estaba sereno, como siempre, soltando alguna que otra burla; pero su corazón latía con violencia, su rostro se cubría de una palidez cadavérica y contaba las horas de aquella noche como las postreras de su vida.

Condoliéndose D. José de Amezaga, que mandaba la gente de a pie, de la destitución de su jefe, le contestó éste diciendo:—Os aseguro, amigo, que no he de ser yo quien entregue el mando del ejército de la Mancha al duque de Orleans, como no venga antes de romperse el fuego. Si vencemos no me dejaré sustituir, y si soy vencido...

Berwich no quiso ó no pudo terminar la frase: se aproximó a uno de los palos que sostenían la tienda de campaña, y apoyándose en él, se cubrió el rostro con las manos.

Amezaga comprendió lo que dentro de aquel corazón pasaba; vió que había resuelto sacrificar su vida en aras de la honra, y enternecido con tan heroico pensamiento, abrió los brazos a su jefe, que se arrojó en ellos con efusión, vertiendo sobre el pecho del español las únicas lágrimas que dejó escapar de sus ojos durante toda la vida.

El duque vino a llorar en España sus penas y sus desventuras, y España también le dió nuevas penas y nuevas desventuras. Era como el árbol podrido que, próximo a desplomarse, recibe los postreros hachazos del leñador.

Los dos militares permanecieron largo rato unidos en un estrecho y cariñoso abrazo, separándose despues para ir a ocupar el puesto que en el combate tenían señalado.

Había colocado el de Berwich la infantería frente al enemigo en esta forma; los batallones más ligeros en la vanguardia; dejando para la reserva, y dispuestos a un golpe decisivo, la fuerza, no era mucha, que había recibido el bautismo de fuego.

Protegiendo la infantería, y cubriendo los dos flancos, derecho é izquierdo, se hallaba situada la caballería, en quien Amezaga depositaba su confianza toda.

Amaneció el día 25 de Abril de 1707, iluminando el campo enemigo, preparado ya para el combate, pero sin determinarse a atacar hasta bien entrada la mañana.

Cruzaron algunos disparos entre las avanzadas; Berwich no quería desperdiciar municiones, porque tenía pocas, ni variar un palmo del terreno que ocupaba.

Ya que el austriaco había tomado la ofensiva en la batalla, quiso aprovecharse de las ventajas que ofrece la defensa, y esperó.

El ejército del archiduque ascendía a 21.020 hombres, de los que 17.600 eran de infantería y 3.420 de caballería, formando un total de 44 batallones de infantería y 57 escuadrones de caballos.

Las tropas españolas no pasaban de 14.000 hombres.

Generalizado el combate mandó Berwich varias compañías de ligeros para desalojar de una pequeña loma a un batallón alemán que molestaba con su incansable fuego nuestra ala derecha: ellos acudieron con más gente a favorecer a los de la loma, y viéndose arrolladas las compañías que atacaron, fué necesario enviar a aquel punto fuerzas en número suficiente para resistir el gran empuje de los batallones austriacos que con acertada dirección se aproximaban a las tropas realistas ganando terreno en precipitada carrera.

La batalla se localizó en este punto: los españoles cedían poco a poco; la artillería de una y otra parte principió a jugar haciendo horriblos estragos.

El duque de Berwich, contando segura su derrota, comunicaba a los jefes las órdenes de los movimientos de la fuerza, con temblorosa voz, y más de una vez intentaba, aunque en vano, atravesar con sus ojos la masa de humo que les cegaba, deseando percibir claramente las maniobras del ejército.

Ya por la tarde logró el enemigo romper nuestra línea con sin igual arrojo; pero este era el momento que Berwich esperaba para hacer el último y supremo esfuerzo.

Cargó Amezaga con algunos batallones que de reserva se tenían, y los del archiduque, sorprendidos por tan valeroso como inesperado ataque, volvieron a perder el terreno ganado por la mañana.

El desaliento cundió entonces entre las filas austriacas; aquellos soldados, victoriosos horas antes, se veían rechazados y próximos a la derrota si no se reponían.

Berwich comprendió esto, y con un acierto que nunca será bastante ponderado, mandó a la caballería que, desplegándose a lo largo de la llanura, cayese a galope sobre los alemanes.

¡Maravillosa carga! Los caballos corrían como impulsados por el diablo; los ginetes, dando fuertes y prolongados gritos, agitaban en el aire sus tremendos espadones que, heridos por los últimos rayos del sol, producían cambiantes de luz de múltiples colores.

Cargaron ochocientos hombres por cada lado; pero al austriaco se le figuraron millones de millones, creyendo ver detrás de la nube de polvo que la caballería dejaba, una legión entera de ángeles de fuego que con furioso estrépito á derrotarle venía.

Los españoles vieron al enemigo correr en su presencia, y antes y con tiempo de ponerse al alcance de sus espadas, pero nada valió: cargaron sobre él con satánico valor, y muy luego cubrióse el campo de la acción con un manto de cadáveres.

La noche vino a dar por terminada la batalla.

Cuando el de Berwich, loco de alegría y de orgullo, se volvía al cuartel general, encontró a la puerta de su tienda al duque de Orleans, que acababa de llegar de la corte lujosamente vestido.

El uno aparecía cubierto de soda y oro; el otro negro por el polvo de la batalla y el humo de la pólvora.

Ambos se estrecharon las manos cortesanaamente:

—¿Qué os trae por mi campamento?—dijo el inglés en tono burlon, y como haciéndose de nuevas.

—¿Qué ha de traerme?—contestó el de Orleans, tragando saliva, y esforzándose por sonreír;—el placer de felicitaros por el éxito de la batalla.

A la revista que en el siguiente día se pasó al ejército victorioso, solo acudieron dos escuadrones de caballería: los restantes habían entregado su vida a cambio de la gloria.

El Rey concedió al vencedor el ducado de Liria y el Toisón de oro, mandándole a decir que no le enviaba el Collar para honrarle, sino para que la Orden se honrase con tener de caballero al duque de Berwich.

Lástima que la obra comenzada en Almansa no hubiese continuado hasta arrojar de España por completo a los extranjeros.

A un tieren los ingleses, desde aquella guerra, la *palgada de Gibraltar*.

Carlos Cambronero.

LA ESTRELLA DEL POTRO.

—Mi señor bisabuelo, que Dios haya, tuvo una yegua baya: parió un potrero la yegua, lo más lindo que en las yegudas por entonces vistas pudieron admirar los caballistas. El albeitar Galindo muchas veces le dijo al bisabuelo: —«Crea usted que me duelo de ver ese animal, que dignamente la maravilla fuera de los potros, á no ser de un color todo su pelo. —¿Qué le hacemos nosotros? mi bisabuelo al mariscal decía; y el insigne Galindo respondía: —«¿Quién duda que se puede con destreza mejorar lo que obró naturaleza? Necesita el bayuelo solamente una estrella en la frente, rabilargueta, blanca por supuesto; y yo se la he de hacer, si usted consiente. —Quisiera consentir; sino que en esto una idea me pára, porque no entiendo yo cómo se hace la estrella que al potrillo mejorara. —Usted conocerá perfectamente qué á todo satisface la razonada explicacion del cómo, fundada en experiencia muy sencilla. La albarda, ó bien la silla, á las cabalgaduras tal vez les roza el lomo; erian pelo despues las mataduras; y un hombre como usted, veraz y franco, no negará que el pelo sale blanco. —¿Cómo negara lo que todos vemos? La operacion permito.

—Bastará que la frente le rocemos al potro... muy poquito.—
Le atan de piés y manos y cabeza, se le esquila la frente y se le rapa; y asiendo un asperon de toseco grano, como de piel de zapa, el buen Galindo empieza á estregar y estregar con fuerte mano al pobre caballo, de la frente rayándole el pellejo, sin que su celo docto satisfaga, hasta que, de frotar, vió que produjo grande y sangrienta llaga. La emplastó diligente; y el amo y el albeitar esperaron, cada cual impacientemente, que en la faz asomara del raído la estrella del color apetecido. Mas, por fatal influjo de superior estrella, bien distinta de la que hacen pedestres mariscales, los pelos que en la frente le brotaron al hermoso animal salieron tales, que toda le afearon su buena traza y pinta, desiguales, espesos, unos ensortijados, otros tiesos, y negros además como la tinta: de modo y de manera, que lo que dar al animal debiera sello de perfeccion y distintivo de beldad admirable, le deslució su mérito nativo, y en bestia le trocó nada estimable: mil escudos valió, falto de estrella, y á dos onzas no más llegó con ella.

Pedagogo asperon, éste mi cuento (1) de tu enseñanza la dureza aplaque: tal vez la cria de tu escuela saque cerdas en condicion y entendimiento.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

CARTA DE HAMBURGO.

14 OCTUBRE.

Mis queridos amigos: Con verdadero placer he sabido por su carta la empresa que han acometido, y no puedo abrigar duda alguna de que mis compatriotas, acogiendo favorablemente la publicacion del MADRID LITERARIO, toda vez que este periódico va á cumplir la alta mision de propagar la buena literatura, sin más interés que estimular la afición á este noble arte, lo que indudablemente ha de conseguir, al insertar en sus columnas, tanto las producciones de aquel que su nombre aún no es conocido del público, aunque su talento lo merezca, como las siempre notables de nuestros más reputados autores.

Mucho siento no hallarme entre Vds. para unir á sus esfuerzos los míos en tan laudable empresa; pero ya que esto sea imposible, trataré de consolarlos hablándoles algo de la Hanseática ciudad en que me hallo.

Hamburgo, que como Vds. sabrán lo fundó Carlo Magno, construyendo en el año 808 un castillo y una iglesia, y que despues tan importante ha sido como plaza comercial que en 1241 uniéndose con Bremen y Lübeck formó la celebre y poderosa Liga hanseática (de *hansen*; asociarse) que todos han respetado, en la actualidad es una nueva Cápu; y el terrible incendio de 1842, que durante tres dias y tres noches continuó, haciendo desaparecer 69 calles, 1.952 casas, 3 iglesias y no sé cuántos monumentos, sirvió para demostrar el patriotismo de los Hamburgueses, que con actividad pasmosa construyeron una nueva y elegante ciudad, que competir puede, hoy día, con las capitales más importantes.

El lago de *Binnen Alster*, cruzado continuamente por gran número de pequeños vaporcitos que trasladan de un punto á otro de la ciudad á sus habitantes, es encantador, y desde la ventana de mi cuarto, situado en la monumental calle de *Neuer Jungfernstieg* puede descubrirse un panorama aún más bonito que el del lago Léman desde los balcones del Escudo de Ginebra.

Un amigo que hace pocos dias me acompañaba á almorzar, hablando de Hamburgo me decía que le parecía una Venecia hanseática; y efectivamente tiene razon. Los numerosos canales que la atraviesan en todos sentidos se asemejan

(1) Todo en él es verdad, ménos el apellido puesto al albeitar.

á los de la ciudad de los Duxe, siendo muchos de ellos iguales á el Grande y más vastos que el Reggio.

Para el que no haya estado en Ginebra, Venecia ó Estokolmo, Hamburgo le causará estraña sorpresa. Cuando pienso que para ir á visitar á alguno de mis amigos necesito pasar once puentes, me asalta la duda de que vivamos ambos en la misma ciudad. El Alster divide á Hamburgo en dos ciudades; y no tan solo parecen independientes una de otra, sino que representan dos épocas bien distintas: la antigua es la Edad Media, y la otra los tiempos modernos; representados por sus calles tiradas á cordel, y sus suntuosos edificios de piedra y ladrillo.

Por mis aficiones artísticas, diré á Vds. que uno de los edificios que más me han gustado ha sido en el *ness el Kaiserhof* (patio del Emperador). Es una casa de las más antiguas, y construida en el estilo más puro, y más bello del Renacimiento, y su fachada correspondiendo al interior tiene todo el *cachet* de la elegante época en que fué construida.

Desde que me encuentro en Hamburgo he observado en sus habitantes algunas costumbres sumamente originales y que creo sorprenderán á Vds., como á mí me han sorprendido.

Todos los que habitan esta ciudad, ó cuando ménos la inmensa mayoría, tienen una afición extremada á las flores (y esto no es muy sorprendente aunque el clima no se presta á obtenerlas con facilidad), pero lo que llama la atención es el no encontrar una ventana, bien de pobres ó de ricos, que en su interior no tengan cuantos tiestos sea posible colocar, y todos ellos con delicadas plantas, y el tiesto, en vez de ser de barro como los de España, de preciosa porcelana, escayola ó otra composicion de alto precio; lo cual es un lujo en todas partes, y aquí constituye una necesidad.

Los pequeños *bouquets* se prodigan de tal suerte, que—estoy seguro—no hay una señora ó caballero que al regresar de paseo no lleve en la mano ó en el ojal unas pocas flores simétricamente reunidas, y que siempre proceden de alguna vierlandesa provocativa—únicas mujeres que las venden en las calles y paseos—ofreciéndolas con muchísima gracia y amable desenfoltura.

Otra cosa que tambien sorprende es las criadas de servir. Todas ellas llevan, desde por la mañana, una gorra de puntilla ó encaje de una blancura extraordinaria. Los brazos enteramente descubiertos, ó sea de manga corta, cual la tiene el traje de baile de una señora, y para ir al mercado ó traer cualquier bulto se ponen un gran pañuelo, colocado de una manera especial, y con él cubren la cesta ó encargo. Pero veo que esta carta se va haciendo demasiado larga, y á Vds. los supongo muy ocupados para distraerlos *imprudentemente* por tanto tiempo.—Así, para terminar, les diré—recordando tambien la *terminacion* de la vida—que en ésta, para un entierro, lo primero de que se ocupan es de avisar á unos hombres, llamados aquí *reiten diener*, que podríamos llamar *Urradores*, pues su obligacion es acompañar á los entierros, fingiendo que lloran; y para dar—sin duda—más animacion al asunto, se visten con el traje nuestro del siglo xvi. Capeta corta; corpiño con dos hileras de grandes botones en el pecho; cuello blanco vuelto; ancha cintura plegada; calzon corto; medias de seda; zapatos con grandes hebillas, y espada al costado. Ya ven Vds. que el traje no puede ser más á propósito.....; no para un entierro, sino para un baile de máscaras.

Aunque hoy no está tan en boga esta costumbre como hace años, en que era un lujo que muchos *reiten diener* acompañasen al cadáver hasta el cementerio, aún, sin embargo de vez en cuando, se ven, y así yo he decidido morir en Hamburgo, para tener completa seguridad, si dejé algún dinero, de que se verterán lágrimas ó al ménos se exhalarán quejas por la pérdida de su afectísimo

Lacy.

EL BIEN PERDIDO.

Ausente de tu lado, vida mía,
juzgué extinguido de tu amor el fuego,
y, muerta mi esperanza, sin sosiego,
lleno de angustia el corazón latía.

Honda ansiedad mi pecho combatía,
pues te adoraba delirante y ciego;
y en dura queja se trocó mi ruego
sin luz mirando el sol de mi alegría.

Mas te ví, y al fulgor que respandece
en tu dulce mirar, de nuevo herido

hoy más firme el amor en mi alma crece.

Y pues con él recobro el bien perdido,
mi amante corazon te pertenece,
que solo para tí formado ha sido!

Jesús Cencillo.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS.

Lo que ha sido, lo que es y lo que debe ser en España la propiedad intelectual. Artículos de D. Manuel Danvila, publicados en *La Epoca* del 14 y del 17 de Octubre del corriente año.

Faltaríamos á uno de los principales propósitos de nuestro periódico si no llamásemos la atención de los que de materias literarias se ocupan acerca de los notables artículos que con el título que sirve de epigrafe á estas líneas ha publicado en el distinguido diario *La Epoca* el discreto autor del *Libro del propietario*, Sr. D. Manuel Danvila, tan competente por sus especiales estudios y asiduos trabajos para tratar de la propiedad en sus diferentes manifestaciones.

Incompleta es hasta el punto de dejar grandes lagunas nuestra legislación en materia de propiedad intelectual, y aunque el espíritu de las sabias leyes dictadas en el reinado que hicieron glorioso para España, y provechoso para las letras, ministros como Jovellanos y Floridablanca, se conserva en posteriores disposiciones (las de 1823 y 1847), nada habremos resuelto definitivamente mientras, como dice el Sr. Danvila, no se equipare la propiedad intelectual con la propiedad comun para asegurar la libertad del pensamiento.

Los notables artículos de que nos ocupamos, contienen un concienzudo estudio critico de la legislación que ha prevalecido en las diferentes manifestaciones que la inteligencia humana ha dado á la expresion del pensamiento, desde que la invencion del pergamino y del papel, y más tarde el descubrimiento de la imprenta, vinieron á dar la concepcion clara y perceptible de la propiedad literaria. En ellos se encuentran comentadas con acierto todas las disposiciones que en nuestro país han regido sobre esta materia desde la pragmática dada en Toledo en 1480 (ley 1.ª, tit. 15, libro 15 Novísima Recopilacion), hasta la ley en que el conde de San Luis, de memoria gloriosa para los autores, sancionó tan poderosamente la propiedad intelectual. Despues de examinar con tanta erudicion como acierto lo que es y lo que ha sido este derecho, el Sr. Danvila entra de lleno á tratar de lo que debe ser ocupándose de este importante problema; en cuya solucion no están todavía de acuerdo políticos, economistas y juriscóndulos.

El pensamiento es fugaz, y no puede ser, esto es indudable, propiedad exclusiva del que lo concibe, porque deja de serlo desde el momento en que otro le aprende y aumenta con él el caudal de conocimientos que le sirve para fijar y sostener sus ideas. Pero una cosa es el pensamiento aéreo, y otra es el medio material de expresarlo y reproducirlo materialmente, que éste debe ser propiedad exclusiva del autor, si no se quiere que la condicion de este sea peor que la del que desarrolla un proyecto por medio de la industria.

Despues de probar con pensamientos mucho más luminosos que este, que la propiedad intelectual es de orden comun, y que para vivir no necesita otra cosa que el régimen de la ley general, dice el Sr. Danvila:

«La obra intelectual es el producto del trabajo y del espíritu. Elevándole, ennobleciéndole, se elevará y ennoblecerá la personalidad humana, único camino de redencion de los pueblos desgraciados. Así es como, por una admirable armonía, el trabajo, que es para el hombre una ley santa, puede ser tambien la fuente de sus más preciados derechos y la garantía más segura de su felicidad.»

Con estas elocuentes palabras terminan tan notables artículos, que bien merecen los honores del libro. Su autor tiene hoy á su alcance medios de llevar á la práctica sus ideas. Diputado es, y diputado influyente de la mayoría del Congreso, que muy en breve ha de reanudar sus tareas; ponga allí lo que en *La Epoca* ha escrito, la discusion lo aguilatará; y si de esta discusion resulta, como no puede ménos, algo provechoso, el Sr. Danvila habrá prestado un importante servicio á su país, llevando á cabo accion más meritoria que si hubiera contribuido á la formacion de algun centro ó la subdivision de alguna fraccion importante.

Apuntes para un curso de literatura latina, por don José Canalejas y Mendez, doctor en Filosofia y Letras.

Los estudios de humanidades que sirvieron de ocupacion provechosa á tantos insignes varones de nuestra patria, que adquirieron con ellos preclaro nombre é imperecedera fama, andan algun tanto pospuestos y descuidados, por desdicha nuestra, en estos tristes tiempos que corremos.

No existen ya próceres ilustres como el marqués de Morante, conde de la Cortina, que dedicaban á ellos su fortuna y sus desvelos. Su ilustre colaborador, D. Raimundo Miguel, hace años que no dá nada á las prensas, y las sabias y provechosas lecciones que, desde modesta pero ilustre cátedra de la Universidad Central, difundió el venerable cuanto erudito maestro D. Alfredo Adolfo Camus, honra de nuestra España literaria y orgullo legitimo de nuestro claustro universitario, se pierden entre un centenar escaso de discípulos. ¡A cuán tristes reflexiones se presta esta decadencia! El continuo estudio de la literatura griega y latina es una necesidad imperiosa en nuestra patria, si la cultura intelectual ha de estar á la altura que todos anhelamos. La ilustre lengua de Lacio es la madre de nuestra rica y armoniosa habla, en las obras de sus poetas, de sus historiadores, de sus literatos, existen preciados modelos, que se deben tener siempre á la vista.

Por estas razones no ha podido ménos de regocijarnos la publicacion de los *Apuntes para un curso de literatura latina*.

Contiene trece capítulos en que se describe y juzgan las obras de Catulo, Tibulo, Propertio, Horacio, Virgilio, Ovidio, Julio César, Salustio, Cornelio, Tito Livio, Pompeyo, Marco Verrio Terencio, Varron y Ciceron.

Dedicada esta obra á la enseñanza de los alumnos, ha obligado al autor á seguir el órden de los programas oficiales; pero á pesar de esto no es cierto que encierra lagunas, como la modestia del autor supone. Es, por el contrario, una obra muy recomendable, dada su asunto y su objeto.

J. de K'Asabal.

ERNESTO RENAN
SUS «DIALOGOS FILOSOFICOS.»

Anunciado con inusitada aclamacion por la prensa, esperado con avidez, pregonado su encarecido mérito de una manera extraordinaria, apareció al fin la obra del erudito escritor frances M. Renan, obra de la cual vamos á ocuparnos y cuyo título encabeza estos renglones.

En otra ocasion y con motivo del bosquejo de un estudio social que dimos á luz, tambien en un periódico literario de esta capital, nos lamentábamos de la fácil popularidad contemporánea que han adquirido algunos frívolos escritores, é incluíamos entre ellos al conocido autor de *La vida de Jesús*.

En ninguno, como en él, se refleja la ligereza de pensamiento tan comun en nuestros vecinos de allende el Pirineo. En efecto: si Lamartine opina que *El Quijote* es una caricatura de nuestras virtudes nacionales; si Guizot, en su *Historia de la Civilizacion*, afirma que puede escribirse la de la humanidad, prescindiendo de la de España; si Thiers, en su *Historia del Consulado y el Imperio*, sostiene que los dragones de la guardia imperial pasaron el Manzanares á nado; si Dupuy, en su *Origen de los Cultos*, habla de la civilizacion oriental á su antojo, y si algo prueba su estudio, es un desconocimiento completo de la materia de que se ocupa; si V. Hugo en sus *Memorias* escribe una narracion fantástica de su viaje á España, España de tal manera desfigurada por el insigne poeta que parece no más un capricho de su poderosa fantasia; si S. Simon pretende destruir nada ménos que los fundamentos del cristianismo; si Voltaire injuria á Juana de Arco, injuria repugnante y obscena, calificada admirablemente de triple sacrilegio por un eminente historiador, no hay que estrañar se encuentren errores, ligerezas y frivolidades monstruosas en la literatura traspirenaica, que fuera prolijo enumerar é impugnar como se merecen. Los mismos Pelletan y Fanet tan admirables y profundos, tienen en frente de sí á un Michelet, autor de conciencia, que habla de la mujer española como de un volcan que todo lo reduce á ceniza, y á un Volney, cuyos absurdos históricos, sociales y religiosos son de tal calidad que, á penas si merecen ya los honores de la más trivial censura.

A esta pléyade de pseudo-pensadores perteneció siempre M. Renan. Bastaba conocer su renombrada *Vida de Jesús* para convencerse de ello. No hay, seguramente, fuera del positivismo extra-científico y de la desacreditada escuela materialista, hombre culto que niegue la divinidad del Mártir del Golgota. La cuestion hoy es puramente de forma: para el racionalismo, la divinidad de Cristo es una verdad metafísica; para el catolicismo una verdad revelada.

M. Renan se mostraba en aquella obra ligero en demasía é inoportuno. Ligero, porque sus disertaciones históricas y sus problemas lingüísticos, no atañian en nada al asunto. La divinidad de Jesús no puede ser jamás problema esencialmente histórico, y sin penetrar en la esfera especulativa, no puede resolverse. Que en la venerable Madre del Salvador, que en el mártir del Gólgota hubiesen concurrido las condiciones que preten-dia hallar el erudito francés, ni aun

cuando M. Renan llegara á probar todos los asertos que intenta sostener en su renombrada publicación, la cuestión hubiera continuado aún en pie; pues en nada se oponían á la divinidad de Jesús las cualidades que M. Renan encontraba en su existencia. Mostrábase también inoportuno en suscitarse tan delicada controversia, pues su libro vino á dar armas de mala especie á las preocupaciones de los positivistas incultos y al fanatismo de los católicos intolerantes.

Con estos antecedentes es natural que acogiéramos prevenidos la noticia de la aparición de *Los Diálogos filosóficos*. Teníamos, sin embargo, la ligera esperanza de que M. Renan hubiese hecho exámen detenido de conciencia, y antes de realizar las francas revelaciones que prometía en su libro, se detendría á considerar profundamente el estado de la ciencia, los deberes sociales que todo escritor tiene para el público, y la necesidad, inmensa para él, de huir de las aparatosas frivolidades que forman la esencia de sus producciones, adoptando una situación definida en el campo de la ciencia. Pensábamos que la experiencia, los avisos de la crítica, sus estudios más dilatados necesariamente, por razón de sus hábitos laboriosos y del tiempo trascurrido, le habían hecho huir de los escollos en que hasta ahora se habían estrellado su infecundo análisis y sus estériles ó oscuras afirmaciones.

A pesar de esto, M. Renan se ofreció en su nueva obra el mismo de siempre, con sus incertidumbres, su dialéctica extravagante, sus pomposas disertaciones, su desconocimiento del estado actual de la ciencia, su método absurdo para inquirir verdades y su pasmosa é inútil erudición.

En efecto, divídense los *Diálogos filosóficos* en tres partes: *certidumbres, probabilidades y sueños*. A poco que se medite se conoce que semejante división no puede menos de carecer de base. ¿Vale la pena de escribir una obra, con pretensiones de científica, en cuyas páginas tienen cabida las probabilidades y los sueños? ¿Ignora M. Renan la más vulgar opinión del concepto de la ciencia? ¿No sabe que ésta tiene por objeto la verdad? Los delirios de la imaginación y las hipótesis aventuradas, no solo se excluyen del campo del conocimiento reflexivo, sino que en quien, como en el autor de *Los evangelios*, se halla expresamente condenado como absurdo todo lo que no sea producto de la experiencia más evidente; tal idea no puede ser más errónea. Para el racionalismo espiritualista todo lo no experimental, se escapa á la indagación de los sentidos, y forma un mundo supra-sensible que se estudia en la metafísica. Para el positivismo, la verdad es el hecho probado. Para el católico, la revelación. Nadie, absolutamente nadie, que merezca en justicia el dictado de pensador, se atreverá á admitir en la ciencia filosófica las probabilidades ni los sueños. Solo M. Renan, amante extremado de las conjeturas, puede, á fuer de su nada envidiable originalidad, admitir semejante aserto.

Y aun esto pudiera perdonarse, si fuera el absurdo más trascendental del erudito bibliotecario francés: pero sostener por toda conclusión, al ocuparse de las certidumbres, que el criterio de la certeza no es conocido, que nadie se atreverá á afirmar que nuestros sentidos están de acuerdo con el mundo real, que nada sabemos de un modo indudable, que es bueno, sin embargo, hablar de todo aunque no sea más que por pueril espíritu de argüir vanamente; sostener, á nombre de la experiencia, que la experiencia no existe; afirmar la perennidad de la duda, esa afirmación añeja enterrada, tantos siglos há, por el célebre silogismo de San Agustín; escribir algunas páginas para afirmar que nada puede, en conciencia, afirmarse, ¿valía la pena de molestar las prensas, ni la atención de los lectores, ni el espíritu de la crítica?

Así se desliza osada y ligera la pluma del célebre escritor, amontonando negaciones, apiñando dudas y dudas y moviéndose de un lado por la dolorosa preocupación que la guerra franco-alemana produjo á M. Renan, y de otro por los inveterados defectos de su infecunda y laboriosa inteligencia.

M. Renan, al ocuparse de las probabilidades, continúa su atrevida é irreflexiva escursión al terreno de la filosofía, con la misma desgraciada aridez de pensamiento, los mismos prejuicios, idénticas contradicciones. Establece la existencia de Dios por la necesidad (así pensaba Voltaire), razón nada convincente; habla del progreso, escarceando á la democracia, se sonríe ante el cristianismo y profetiza la popularidad y el futuro menosprecio del arte. Con observar que el pensamiento capital del autor es el positivismo, se nota de tal modo la monstruosidad de estas repetidas contradicciones, que no hay precisión de parar mucho la atención en ellas.

Negar la certeza y creer en la existencia del progreso; admitir el empirismo más estricto como base del conocimiento humano, y atravesarse á pronosticar el porvenir de las generaciones venideras, son errores de tal especie, que parecerían inverosímiles á no hallarse estampados

bajo la firma del autor, é impresos y al alcance, por tanto, de cualquiera.

De la tercera parte del libro que nos ocupa, ¿qué hemos de decir? M. Renan no se detiene en escollos ni en dificultades. Anuncia el *advenimiento* de la ciencia, como si la ciencia no hubiera nacido todavía, y llega su irreflexiva audacia al extremo de creer tan poderoso la investigación del hombre (esa investigación que, según afirma al tratar de la certeza, no nos dá jamás idea exacta de verdad alguna) que en el porvenir conseguirá poseer el *embrión del sexo* y producir mecánicamente seres humanos acabados y perfectos. Lo mismo podría afirmar que se llegará á encontrar el punto de apoyo que pedía Arquimedes para desquiciar el universo.

En cambio la democracia será siempre un peligro social; el cristianismo una religión imperfecta; el positivismo el único procedimiento para llegar á la verdad; el hombre justo y el artista, en lo futuro, formarán el núcleo de las muchedumbres, y el hombre sábio apenas si se encontrará en la proporción necesaria para el gobierno y utilidad de las nacionalidades. La raza negra solo servirá para auxiliar á la blanca, y los pueblos latinos para escoltar la triunfal carroza de los Estados germánicos.

Tal es la conclusión de una obra que comienza negando la certeza, y acaba afirmando la locura. De sus páginas, ni una sola verdad útil se deduce. Darwin, la rechazaría por quimérica; Augusto Nicolás, por impía; Janet, por pueril; Augusto Comte, por ilusa y vana; los católicos sinceros, por lo intolerante; los racionalistas, por lo absurda; el materialismo, por lo soñadora; el positivismo, por inútil. A nadie presta servicios. Es una obra estéril, tan estéril, que á no haberla prolijo la prensa francesa, pasara desapercibida. En ella M. Renan maneja las teorías como un prestidigitador los cubiletes. Conoce á fondo la historia de la filosofía, y nada deduce de este conocimiento; pero en cambio ignora el pensamiento de los verdaderos apóstoles de la ciencia, y procede como si los conociese.

Para que todo sea extravagante y absurdo en este libro, M. Renan propone en el prólogo que le encabeza, el buen humor como remedio contra la filosofía; pensamiento vulgar é impropio de una obra seria, que supone en el autor el torpe concepto que de ciencia tan respetable tiene.

En resumen: los *Diálogos filosóficos* son un sacrilegio científico, cometido por ignorados ó pueriles motivos.

Si alguna de las escasas afirmaciones que en ellos se encuentran fuesen exactas, sería preciso que el hombre envidiara la existencia brutal de los seres irracionales.

M. Renan solo ha escrito una disertación superficial; pero merece ocupar nuestra atención su obra, en mérito siquiera á la inusitada é inmerecida pompa con que ha sido acogida por los aduladores de profesión: y á que pudiera estraviar, con perjuicio de la ciencia, á algunas almas por el embrollado camino de sus ponderadas trivialidades.

Tales son las deducciones que de la lectura del libro que entretiene nuestra pluma en trazar estas líneas hemos hecho.

José Miralles y Gonzalez.

TEATROS.

Los pajes del Rey, zarzuela en dos actos, letra de don Luis Mariano de Larra, música de D. Cristóbal Oudrid.

Cariacatecido y descontento salió el viernes de este bendito teatro de la calle de Jovellanos, porque, ó yo estoy en el limbo, ó esto no es escribir zarzuela, ni cosa que se le asemeje. ¿Cuero de tal y quien había de pensar que el autor de *La Oración de la tarde* llegase al extremo de escribir, ni más ni menos, como un rapazuelo de diez y ocho años, inocente en la concepción del argumento, picaresco en la frase, tal vez demasiado picaresco, pobre en los recursos dramáticos y lánguido y monótono en el desarrollo de la fábula. Preciso es que armemos todos una cruzada en contra suya para obligarle, pues que sabe y puede, á concebir planes más acabados y á desarrollarlos con más acierto. Parece que vuestra merced se durmió en los laureles de victorias anteriores, y hoy ya no estudia lo que hace, sino tal cual sale de su pluma, fecunda en demasía, lo larga al teatro sin dársele un ardite de lo que el público diga y, más aún, de lo mucho que su reputación literaria padece.

El poeta Larra, de rica y brillante imaginación, cuyos armoniosos versos tanto nos han hecho reír algunas veces, tanto llorar otras; el poeta Larra que comenzó su carrera de las letras con producciones serias, con producciones en que siempre se proponía alguna idea formal ya en relación al público, ya al teatro; el poeta

Larra que presentaba de antiguo cuando más una ó dos comedias en la temporada, escritas con madura reflexión, con juicioso criterio, con detenido estudio; el poeta Larra que en otros tiempos, cuando una comedia suya se estrenaba, podía colocar su nombre desde luego en los carteles, con la certeza de que solo por ser suya el público había de aplaudirla, tan encarinado con su estilo estaba y tan satisfecho de su musa quedó siempre; hoy se ve censura acremente por los que solo pretenden su bien, y el bien de la literatura nacional.

La Zarzuela representada el viernes en el teatro de la calle de Jovellanos no es, ni con mucho, lo que todos esperábamos de su autor: tiene sus bellos versos, eso sí, pero *rien de plus*, como diría Asmodeo.

No está bien señalada la época de la acción, pero, á lo que parece, está ha de tener lugar en tiempo del Rey nuestro señor Don Felipe, cuarto de este nombre. Es, pues, el caso, que con motivo de un viaje que su magestad hace, gusta esta detenerse un momento en cierto pueblo apartado y escondido, lo que da ocasión para que los pajes reales hagan de las suyas, como muchachos; luego que en el lugar se encuentran solos, pues, y se me pasaba decirlo, la gente toda ha marchado á recibir á su señor, dejándolo en las casas del precitado lugar los viejos, los niños, y una preciosa muchacha que tiene sueños, que tiene un alma sensible y una imaginación que no hay más que pedir. Cátese que un paje la ve, que se enamora de ella, que se decide á jugar el todo por el todo, que trepa por un árbol que la divina Providencia había colocado, no pudo ser la mano del hombre, junto á la casa de la encantadora villana; cátese que entra por la ventana, y ¡horror! cátese que le ven salir: la gente se arremolina, el padre pide justicia en atrevidas frases, de subido color, apoyado por el maestro de escuela, el Rey la otorga, y... se acabó el acto primero.

En el acto segundo, después de muchas precauciones y misterios, descúbrense, porque él lo dice, quién es el seductor; y el Rey le obliga, á gusto del paje, á que se case con la villana, quien, como acontece en tales ocasiones, y el mismo autor lo confiesa, luego resulta ser hija de un señor muy principal y muy rico, cuyo descubrimiento se debe á cierto medallón y collar que andaban por allí ocultos.

El papel de sub, semi ó vice padre, agradó sobre manera á los chicos y á las niñas; por más de qué, dando al César lo es del César, debemos confesar que el Sr. Calañazor, encargado de su desempeño, le supo caracterizar de un modo admirable, grangeándose una vez más las simpatías del público. La señorita doña Matilde Franco obtuvo algunos aplausos merecidos. El Sr. Tormo hizo un viejo nervioso y convulsivo que hacia reír colocándose por completo fuera del arte; y la señorita Cifuentes estaba muy airosita en su papel de Alejandro: nada más.

La música es de Oudrid.....

La obra en conjunto es lánguida; carece de interés y de falta de ingenio: pudo terminarse en el primer acto, con lo cual hubiéramos ganado mucho, y abunda en chistes y frases repugnantes, algunas de las cuales tienen un rosa tan subido que más se igualan al color de fuego. Yo podría citar un par de ellas que, colocadas al lado de un fósforo, le harían arder.

Resumen: la letra no es digna de su autor; la música... psit; la ejecución desigual; la entrada regular y los alabarderos tardíos, pero seguros; un tanto inoportunos y hasta si se quiere mal ensayados.

Don Junipero.

PÁRRAFOS SUELTOS.

El verano ha desaparecido. Todos los años sucede lo mismo; en cuanto principian las lluvias toma el porfante. Sólo vive con el calor.

El invierno está encima, con macilento paso se aproxima; a tela de entretiempos ya no pega; he sacado el gaban; va haciendo frío, y en tanto el globo se desear navegua por el piélagos inmenso del vacío.

Ahora sí que podemos decir: estamos frescos.

Las noches de lluvia y de frío, en ningún lado se pasan mejor que en el teatro.

En el de la Comedia penetra indudablemente el aire, porque se oye *silbar* y debe ser el viento.

Desdichada suerte la suya; apenas ha nacido y ya tiene sobre sus hombros la responsabilidad de dos infortunios.

Mal camino sigue para ganar dinero.

Lo digo francamente:

Per cui si vá tra la perdutta gente.

La semana pasada ha estado anunciando una *nodriza*. Buena falta le hace; pero me temo que se convierta en ama seca.

Hace mucho tiempo que no he tropezado con ningún artículo de modas escrito por doña Pilar Sinués.

¡Caspitina! La verdad es que á cualquiera le llama la atención ver á esta señora, con su correcto estilo y su lenguaje galano, descifrando en armoniosas frases los figurines de la estación.

Y después de todo, ¿qué poco caso hace de lo que escribe!

La Sra. Zamacois y el Sr. Dalmau, continúan en el teatro de Apolo haciendo las delicias de los espectadores.

El me gusta mucho; pero ella me gusta más. No puede negarse que Dalmau es un tenor *di forza*.

En el mismo teatro se prepara una ópera española, titulada *Guzman el bueno*, música de Breton.

Como fin de fiesta debían hacer el juguete cómico en un acto, conocido con el nombre de *«No siempre lo bueno es bueno.»*

Hace días anunció *La Correspondencia*, que una empresa de servicios fúnebres había estrenado un elegante carro-mortuorio, con cuatro magníficos caballos encajados primorosamente. Aviso á las empresas teatrales.

En la calle del Conde-Duque, núm. 28, hay una muestra en que se lee: *«Morales, artista fustero.»*

Quiere decir que hace látigos.

Aquí te quiero, Academia.

En el teatro Español se prepara un drama de Echegaray.

Con tal motivo se han mandado habilitar varios hospitales de sangre.

Segun parece están dadas las órdenes para la acuñación de centenes de oro.

Me alegro, porque he oído decir que después se repartirán á domicilio para que el público se entere.

En todas ocasiones me gustan los doblones, y me hechizo, lo mismo cuando veo el busto de Isabel ó de Amadeo.

En cuestión de moneda soy cosmopolita.

Y bien mirado á todos nos pasa lo mismo. ¿Habrá algún hombre, por muy carlista que sea, que se niegue á recibir dinero en pesetas del Gobierno provisional?

Yo, que blasono de patriota, he perdido un duro con el busto del rey José, y le lloraré toda mi vida.

Me tengo por liberal, vamos al decir, y estoy pirrado por las onzas de oro del rey Don Carlos IV.

Escriben de Almería que ha alcanzado un gran éxito el apropósito titulado *La beata de Tafalla*.

¡Ah, pícaros! Cómo aprovechan la ausencia de los romeros.

La señorita Boldun y el Sr. Vico han obtenido un verdadero triunfo en la representación de *La devoción de la cruz*. No sé yo á quién se le habrá ocurrido poner este drama para la inauguración del teatro, pero la verdad es que la idea no ha podido ser más *endemoniada*. El público demostró, todo lo que era posible, dado el nombre del autor, el desagrado que la obra le producía: juzgada está y no debo yo, ni puedo, añadir una palabra más á lo mucho bueno que acerca de ella se ha dicho.

La refundición nos recuerda las que hacia en otros tiempos D. Calisto Boldun.

Antonio Riquelme cumplió con su deber, á pesar de la *gindama* que sobre su cuerpo tenía; y el Sr. Oltra estuvo *intranstabile*, como dice aquel cuento.

Lucrezia Borgia ha sido una victoria para la Pozzoni, un accesit para Stagno y un reprobado para Ordinas. Cuando todo el mundo dice que Selva estaba inimitable en el papel de Don Alfonso, no comprendo por qué Ordinas le prefere imitar: la Olgini luchaba con el recuerdo de la Biancolini y de la Grossi, pero no canta mal para el tiempo que tiene.

La celosa autoridad que nuestros destinos rige á España entera le exige cédula de vecindad; pero con desigualdad inusitada y supina; con intenciones más ladinas que los chistes de Segarra, no se la ha pedido á Larra para escribir Juan de Urbina.

En la Puerta del Sol hay ciertas acuarelas, de Alaminos, que representan diferentes suertes de una corrida de toros.

Yo las he admirado largo rato, y he convenido con mis amigos en que no se puede hacer más por la civilización.

Al más entusiasta se le quita la afición con solo ver las dichosas acuarelas.

Reciba el Sr. Alaminos la enhorabuena de las personas sensatas.

Dicen que para pintar toreros coloca delante un espejo.

Con el objeto de hacer desaparecer la mala impresión de estas pinturas, me fui á contemplar en el almacén de papeles pintados de la Carrera un precioso paisaje de Ferriz. El nombre del autor basta por sí solo para formarse idea del mérito del cuadro. Entonación, aire, verdad, todo lo tiene. Hay tal armonía en el conjunto, se halla tan bien retratada allí la naturaleza, que no es posible pasar delante de aquel lienzo sin detenerse largo rato clavando en él los ojos con visible ansiedad. Yo he observado que muchos permanecen algunos instantes con la mirada en el cuadro, pero con la imaginación en otro paisaje lejano, recordado por aquellas flores, por aquellos árboles, por aquel cielo que tanta poesía encierra.

Dos figuras que en primer término aparecen, han desagradado á muchos, por más de que tal vez sean una necesidad para completar el tono del cuadro y fijar la perspectiva.

Y ahora que de cuadros hablamos.

¿Por qué el ministerio de Fomento está enviando una buena porción á los establecimientos de enseñanza de provincia, después de haber costado el trabajo de coleccionarlos?

¿Es qué se quiere deshacer el Museo nacional?

Otra pregunta.

¿Dónde están los cuadros de Carducho que se hallaban en las galerías del citado ministerio? ¿Marcharon de baños?

Un académico grave, muy formal, una zarzuela enjareta con la música de Arrieta. ¡Ay! quién sabe si diremos cuando acabe: tarde y mal.

Mala peste.

RECTIFICACION.

En los apuntes bibliográficos del honorable M. Layard, que en el número anterior publicamos, digimos que este distinguido diplomático habia adoptado el pseudónimo de Nenrord al emprender sus descubrimientos en el terreno que ocupó la antigua Ninive, y esto no es exacto, habiendo partido la equivocacion de que dió el nombre de Nenrord á una de las ruinas.

CHARADA.

Ave gentil de nacarada pluma, te indica mi segunda tras primera, y flor hermosa de fragancia suma, si una letra le aumentas, mi tercera; mi todo es nombre que cual sol de gloria radiando brilla en la española historia.

Solucion á la anterior: ANATEMA.

ADVERTENCIAS.

Suplicamos á nuestros apreciables colegas que nos honren insertando alguno de nuestros trabajos en sus columnas, se sirvan indicar la procedencia.

Rogamos á nuestros suscritores que no hayan recibido el primer número del periódico, se sirvan reclamarlo por escrito á la Administracion, Lavapiés, 11.

MADRID: 1876. — ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO, dirigido por J. C. Conde, Caños, 1.

DICCIONARIO DOMÉSTICO. Tesoro de las Familias, ó Repertorio universal de conocimientos útiles; contiene más de 4.000 fórmulas, preceptos ó recetas de fácil ejecución sobre las materias siguientes: Labranza, ó cultivo de los campos.—Horticultura, ó labor de las huertas.—Floricultura, ó jardinería.—Arboricultura, ó cultivo de los árboles.—Clasificación botánica de las plantas y sus virtudes medicinales.—Crianza ó cebamiento de animales.—Administración rural ó económica agrícola; todo en cuanto se ha podido para dar nociones seguras, capaces de dar una idea exacta de la agricultura, como ciencia y como arte.—Conservación de las carnes, granos, legumbres, frutas y toda clase de provisiones alimenticias.—Preparación de dulces, conservas de frutas, mermeladas, chocolate, café, té, limonadas, jarabes y ponches.—Arte de hacer el pan, los vinos, la sidra, cerveza y toda clase de bebidas económicas.—Manual práctico de la cocina española, francesa, italiana y americana; el de la pastelería, repostería y toda clase de licores.—Cuidados que exigen la bodega, el corral, las aves domesticas, los pájaros enjaulados y toda clase de animales domésticos.—Reglas prácticas acerca de la caza y pesca, con nociones sobre los derechos de los propietarios y del público consignados en la ley.—Conservación de la ropa de uso, de las telas, muebles, efectos de menaje y destruccion de insectos dañinos.—Arte de lavar y planchar la ropa blanca.—Preparacion de todos los artículos de perfumería y tocador.—Instrucciones teórico-prácticas de química y física recreativa, y de pitotécnica civil, ó arte de hacer fuegos artificiales.—Los meses del año, con preceptos de higiene, de economía doméstica y rural, y productos culinarios; redactado por D. Balbino Cortés y Morales, cónsul de primera clase, etc. Tercera tirada. Madrid, 1876.—Un magnifico tomo en 4.º, de 2.288 columnas, 20 pesetas en Madrid y 22 pesetas y 50 cént. en provincias, franco de porte.

Advertencia.—Esta tercera tirada constará de 7 cuadernos de á 10 pliegos cada uno (160 páginas, 320 columnas), y saldrá con regularidad uno cada mes. Precio de cada cuaderno: 3 pesetas en Madrid y 3 pesetas y 25 céntimos en provincias, franco de porte.

Se ha publicado el cuaderno del primero al quinto. Se autoriza á todos los libreros, almacenistas de papel y administradores de correos para recibir suscripciones á tan importante obra.

Se halla de venta en la Librería extranjera y nacional de D. C. Bailly-Bailliere, plaza de Santa Ana, número 10, Madrid, y en las principales librerías del reino.—En la misma librería hay un gran surtido de toda clase de obras nacionales y extranjeras; se admiten suscripciones á todos los periódicos, y se encarga de traer del extranjero todo cuanto se le encomiende en el ramo de librería.

METODO FACIL Y AMENO PARA ENSEÑAR A LEER;

por D. JUAN DIAZ GUERRA.

maestro primero de las escuelas públicas de Madrid.

(PRIMERA PARTE.)

Este librito, reconodable por su amenidad y por el buen orden y atinado criterio pedagógico con que está escrito, hallase de venta al precio de UN REAL, en las librerías de Hernando, calle del Arenal, é hijos de Gonzalez, calle de Vergara.

CARRERA DE SAN GERÓNIMO, NÚMERO 14.

Se afeita, corta, riza ó limpia la cabeza, á real.

CÓDIGOS EUROPEOS

TRADUCIDOS, CONCORDADOS Y ANOTADOS

por D. ALBERTO AGUILERA Y VELASCO

LICENCIADO EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO.

Se publica por cuadernos mensuales, al precio de 8 rs. en Madrid. Administracion: Huertas, 49, tercero.

REFORMA DE LETRA.

En la Administracion de este periódico se dá noticia. Precio mensual, yendo á la casa, 80 rs.

LA FUNERARIA. EFECTOS Y SERVICIOS FÚNEBRES. PRECIADOS. 70.

ANALES

DE LA CONSTRUCCION Y DE LA INDUSTRIA.

PERIÓDICO CIENTÍFICO, ARTÍSTICO Y COMERCIAL. Publicase los días 10 y 25 de cada mes. Precios de suscripcion en España.—Un año, 25 pesetas pagadas por adelantado.—Medio año, 13 id. id.—Un trimestre, 7 id. id. En el extranjero y Ultramar los mismos precios con el aumento correspondiente. Las suscripciones hechas por corresponsal ó librero pagarán el 10 por 100 de comision.—Precios de los anuncios.—Por cada linea 0'30 céntimos de peseta, y 0'15 por centimetro cuadrado, en pasando de veinte lineas.—Puntos de suscripcion.—Madrid: Redaccion y Administracion, calle de la Libertad, núm. 14, principal, y en las principales librerías.—Provincias: Dirigiéndose á la Administracion. La correspondencia se dirigirá á nombre del Secretario, á la Redaccion.

MADRID LITERARIO,

PERIÓDICO SEMANAL.

Insertará artículos de ciencias, historia, literatura, filosofía y artes. Interesantes correspondencias. Revistas de salones, teatros y bibliográficas. Novelas. Biografías de hombres célebres contemporáneos; charadas, y cuanto pueda dar amenidad á este género de publicaciones.

PRECIOS DE SUSCRICION Y VENTA.

Madrid, un mes. 1 real. Provincias, trimestre. 5 » Ultramar y extranjero, semestre. 40 »

Número suelto. 2 cuartos. » atrasado. 1 real. » 25. 4 »

ANUNCIOS, á precios conyencionales.

Se suscribe en las librerías de San Martin, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en la Administracion, calle de Lavapiés, núm. 11.